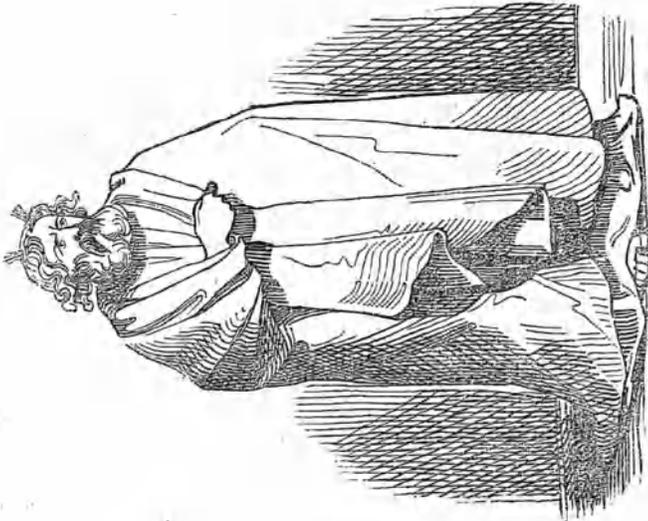


**HISTORIA.**

Mahomet.



Jesucristo.



Moisés.

## MOISÉS, JESUCRISTO, MAHOMET.



UESTROS lectores no estrañarán hallar en un mismo cuadro tres nombres que han dado origen á tres religiones rivales, y que han dividido el mundo en creencias, en imperios, en sociedades muy distintas entre sí. De la primitiva que es la de Moisés, modificada por la ley de gracia, sellada con la sangre de Jesus redentor del mundo, nació la cristiana única verdadera. Ambas aunque imperfectamente las vemos remedadas en la de Mahomet; pero es sensual en sus bases como forjada en medio de un pueblo que hallaba en los gozes de la sensualidad la mas cumplida recompensa de las virtudes humanas, no sublime, no eminentemente sociales cual las dictadas por el hijo de Dios, sino terrestres, mundanas, hijas de las afecciones variables del corazón, como las del religionario de Medina. Los colocamos, pues, en una linea, constituyéndonos únicamente en simples historiadores que se proponen presentar, no la importancia y verdad de las tres religiones de que son fueles emblemas los tres nombres citados, porque en ese caso tan solo daríamos la preferencia que no puede negarse á la dictada y sancionada por el mismo Dios hecho hombre; sino indicar el aspecto absolutamente distinto que presentan los sucesos de tres épocas sin duda las mas notables de la historia moral de todos los pueblos de la tierra. Siguiendo para este efecto el órden cronológico, daremos principio por un breve resumen de la vida de Moisés.

## MOISÉS.

Moisés, hijo de Amram y de Jocabed, nació en el país de Gessen, cerca de diez y seis siglos antes de Jesucristo. Bien conocida es la interesante historia de su nacimiento: el temor que la prodigiosa multiplicacion de los hijos de Israel empezaba á infundir en el ánimo de los egipcios, obligó á su rey á faltar al terrible decreto de esterminio, mandando que todos los hijos varones del pueblo cautivo fuesen abogados inmediatamente á su nacimiento. Pero Moisés á quien el Altísimo habia elegido para salvar su pueblo, fue milagrosamente librado de tan inhumana sentencia. A la edad de tres meses le abandonaron sobre el Nilo en un canastillo de juncos. La hija del rey le recogió, le adoptó por hijo, y le puso por nombre Moisés, nombre compuesto de las dos palabras *moy* que significa agua, y *hises* que indica salvado, "Porque, decia la princesa, yo le saqué del agua."

Moisés fue educado en la sabiduría, esto es, en las ciencias de los egipcios: tendria tres años cuando Faraon se casó por segunda vez: colocado el niño entre los convidados que rodeaban la mesa del regio festin, se refiere que jugando tomó la corona real y la puso sobre su cabeza. El mago Balaam, eunuco del rey, le dijo, "Señor, acuérdate de tu sueño; seguramente que el espíritu del Señor está en este niño. Si quieres que Egipto no sea destruido hazle morir."

Faraon adoptó este consejo porque habia visto en sueños un anciano que tenia en su mano una balanza; en uno de los platos estaban los habitantes de Egipto, y en el otro un niño cuyo peso igualaba al de todos aquellos. Iban ya á inmolar á Moisés, cuando Dios envió en su auxilio al arcángel S. Gabriel bajo la forma de uno de los príncipes de la corte de Faraon. "No es justo, dijo, el dar la muerte á un infante que ningún discernimiento tiene; examinémosle primero. Presentémosle á elegir entre una perla y un

ascua encendida. Si elige el ascua será prueba de que no sabe discernir, y por lo tanto ninguna intencion pudo tener al colocar sobre sus sienes la regia diadema; mas si escoge la perla, prueba es de que tiene raciocinio, y entonces deberá morir."

Así se ejecutó: presentaron al niño Moisés una perla y un carbon ardiendo; iba á tomar la perla, pero el arcángel le desvió el brazo, y le hizo coger el carbon, el que llevó á su boca: se quemó la lengua, y de sus resultas quedó tartamudo toda su vida.

Cuando Moisés llegó á la edad de cuarenta años, renunció á la pompa y riquezas de la corte de Faraon para participar de la ignominia de sus hermanos; y allí como testigo de su afliccion, se interesó vivamente en mejorar su suerte. Un dia vió á un egipcio que maltrataba con crueldad á un hebreo, y como nadie los observaba, mató al egipcio, y sepultó su cuerpo entre la arena. Al dia siguiente encontró á dos hebreos que se maltrataban entre sí. "¿Por qué maltratas á tu hermano?" dijo al mas robusto. — "Y quien, le contestó aquel, te ha hecho á ti príncipe y juez de nuestros altercados, ¿quieres matarme como mataste ayer al egipcio?"

Luego que llegó á noticia de Faraon el hecho de Moisés quiso hacerle morir. Los rabinos añaden que mandó le cortasen la cabeza, pero que su cuello se hizo tan duro como una columna de mármol, de forma que fueron inútiles los esfuerzos de los verdugos. Entonces Moisés se retiró al otro lado del mar Rojo, y allí casó con una de las hijas del sacerdote Jetbro: los rabinos han escrito la historia de los amores de Moisés y de Sephora, adornada con todo el lujo de maravillas y portentos que es capaz de inventar una imaginacion oriental.

La aparicion del Señor en la zarza ardiendo y sus órdenes para la salvacion del pueblo de Israel, condujeron de nuevo á Moisés á la corte de los reyes de Egipto, como encargado de obrar en nombre del Altísimo mientras que su hermano Aaron explicaba al pueblo sus órdenes. Aquí empiezan los milagros que conocemos bajo el nombre de *plagas de Egipto*. Moisés convirtió su vara en serpiente á presencia de Faraon: los magos del rey imitaron este prodigio, pero la vara de Moisés devoró á las otras. Al dia siguiente trocó en sangre el agua del Nilo, todos los pescados perecieron, y los egipcios se vieron obligados á cavar en las márgenes del rio para encontrar agua que beber. Siete dias despues cubrió todo el país de una multitud de ranas que se entraban por las habitaciones. Luego cambió el polvo en mosquitos que mortificaban á las personas y á los animales: en seguida hizo perecer los ganados que pastaban en los campos: despues llovieron cenizas que abrían llagas ponzonosas en los hombres y en los animales: un horroroso granizo desoló todas las campiñas: un viento ardiente condujo nubes de langostas; y por último cubrió la tierra de tinieblas tan espesas que los hombres no se veian unos á otros. Todas las plagas conocidas parecian haberse agotado sin que Faraon se hubiese aun resuelto á dejar marchar á los israelitas. Moisés para obligarle á determinar le anunció que el Señor esterminaria durante la noche á los primogénitos de los egipcios desde el heredero del trono hasta el hijo de la esclava: la ejecucion siguió á la amenaza. Entonces los israelitas salieron de Egipto, á lo que se siguió el paso milagroso del mar Rojo en el que despues de haberse separado las aguas tocadas por la vara de Moisés, y abierto paso al pueblo de Dios, volvieron á unirse cuando Faraon y todo su ejército estaba en medio de ellas. Allí el jefe del pueblo escogido hizo cantar un cántico de alabanzas, que es uno de los mas bellos poemas que de aquel pueblo conocemos.

Moisés llegó al monte Sinaí donde recibió de Dios la ley para sus súbditos en medio de los truenos, de los re-

hámpagos y del mas terrible aparato. Cuando descendió de la montaña, en la que había estado cuarenta días, traía en sus manos las dos tablas de piedra sobre las cuales estaban grabados los diez mandamientos de la ley; pero en un momento de indignación al ver el becerro de oro que el pueblo había erigido durante su ausencia, las arrojó é hizo pedazos. Vióse pues obligado á labrar otras, y subió de nuevo á la montaña donde permaneció otros cuarenta días, y recibió de boca del Señor las leyes morales, civiles y religiosas que promulgó solemnemente.

A su regreso de la montaña, su semblante espedia un resplandor divino cuyo brillo conservó durante su vida, en términos que tenía que cubrir su rostro con un denso velo para presentarse ante los hombres, quienes de otro modo no podían mirarle.

Finalmente despues de haber regido al pueblo del Señor en el desierto, y servidole de mediador para que Dios remediasse sus necesidades y le librasse de los castigos que de su justa cólera había merecido, falleció en edad muy avanzada á vista de la tierra de promision, donde el Señor no permitió que entrase en castigo de su incredulidad.

## ESTUDIOS DE HISTORIA NATURAL.

### EL MUNDO INVISIBLE (1).

#### IV.

#### VIAGE POR LA PUNTA DE MI DEDO.



MIENTRAS que mi sabio amigo se lanzaba, como llevamos dicho, perdiéndose de vista en el dominio de la hipotesis, dirijí yo la vista al misterioso cubo que tenía delante. Pero deberé dar este nombre á un lago incommensurable, á un mar sin fondo, plagado por todas partes de islas, de arrecifes, de continentes que encerraban plantas extraordinarias, millares de animales transparentes, fantásticos, monstruosos, salcando en todas direcciones aquellas islas y aquel océano? Salamandras, serpientes y dragones, entregándose á encarnizados combates, matándose unos á otros, é impeliéndose con tal fuerza, que yo mismo me atemorizaba, y creyéndome en medio de una legion de espíritus infernales, estaba pasmado de no oír ningun grito, y de no sentirme herido en ninguna parte de mi cuerpo.

Un funesto vértigo se apoderó de mí, y me levanté en pie para ponerme á salvo de tantos y tan feroces enemigos.

—Curioso y soberbio astrónomo, me gritó el doctor dándome un golpe en la espalda, y obligándome á sentarme en mi sofá, cree V. ahora que le será posible abarcar de

una sola mirada las profundidades y los detalles de este abismo, cuando una sola partícula del tamaño de una cabeza de alfiler, le ofrecerá á V. asunto para hacer observaciones por todo un dia. Permanezca V. tranquilo, y permítame introducir su dedo en el agua. Ya vé V. que apenas he movido la superficie. Mire V. ahora atentamente.

Apenas fijé los ojos en mi dedo, cuando absorbió toda mi atención un espectáculo tan nuevo como interesante.

—Procedamos al exámen por órden, me dijo el doctor, y así serán nuestras observaciones menos confusas y mas breves al mismo tiempo.

—Perdone V. que le interrumpa, amigo mio, y dígame V. que ballena es esa que vá sulcando mi dedo y devorándolo todo en su tránsito.

—Al momento voy á satisfacerle á V.; pero guarde V. silencio, repito, y permítame que le guie en este nuevo mundo en donde no conoce V. ningun camino. En primer lugar, no ve V. esos globulillos transparentes que se mueven con suma rapidez?

—Si, perfectamente, y cuando se encuentran se pegan unos á otros, hasta que hay tres ó cuatro.

—Estos glóbulos, amigo mio, son por decirlo así, los primeros cuerpos entre los cuales se manifiesta la vitalidad, y por eso se los llama mónadas. Las únicas señales en que se puede reconocer su existencia, son su movimiento circular y de progresion. Ya vé V. á cuan poco se reducen sus funciones.

—Segun eso, le dije yo, sus placeres consistirán en dar vueltas y moverse sin cesar.

—Esta es al menos su única ocupacion hasta que encuentran alguno de sus camaradas con el cual se confunden para formar un animal mas completo. Entonces se distingue un canal en toda la estension de su cuerpo, y comienza á operarse la nutricion.

—Tal vez, dije yo al punto, tomando el aire grave de un hombre que acaba de encontrar súbitamente la solucion de un importante problema; tal vez se formen por la agregacion sucesiva de semejantes glóbulos, y con el auxilio del tiempo, los seres mas complicados en sus funciones.

—Bien podria ser así, me respondió el doctor, pero solo con respecto á varias especies de plantas, cuyos órganos son muy sencillos, pues si tratamos de aplicar esa idea á un pulgon la encontraremos muy ridicula. Tal fue, no obstante la opinion de muchos naturalistas poco instruidos; y esto me trae á la memoria á cierto literato holandés, de cuyo nombre no me acuerdo ahora, que recorría un dia las calles de Rotterdam, con un microscopio en la mano, gritando, como Arquimedes, ya lo he encontrado! ya lo he encontrado! —; El que! le preguntó un zapatero. — El secreto de la creacion, respondió. —; Es posible! Y como si hablase con un académico, escacha y lo verá, dijo al zapatero: el primer hombre no es la obra de Dios; es la reunion de varios animalillos producidos por sí mismos por la putrefaccion de los vegetales. De esta reunion se forma primeramente un hueso en torno del cual se acumulan otros animalillos de esta clase. Poco á poco se manifiesta visible la cabeza, estienden los brazos, late el corazon, y el niño comienza á articular sonido. — Pero, replicó el zapatero, ¿quién sustenta y envuelve con mantillas á esa débil criatura?

A esta pregunta dejó caer el sabio su microscopio.

De esta manera, levantamos á veces una columna magnífica, monumento digno de la paciencia y aplicacion, ornada de arabescos y delicados festones, y cuando queremos subir á la cúspide para darle la última mano, y ponerle el chapitel, se desploma sepultándonos en sus ruinas, porque nos olvidamos de sustentarla en terreno sólido.

—Mil gracias por la leccion, doctor; y aunque V. se aproveche ampliamente de la ventaja de su posicion, no me

(1) Véanse los números anteriores.

daré por ofendido, y le prometo á V. no interrumpirle para decirle la cosa mas mínima.

—Le decia á V. pues, replicó mi amigo, que las mónadas son los seres mas pequeños que conocemos; van rodando continuamente sobre sí mismas, hasta que reúnen consigo otras muchas para formar un animal redondo que se llama *volvox*. El *volvox* posee hasta cuarenta buecos, cuyas funciones son muy visibles al través de su cuerpo transparente, y pasa su vida en dar vueltas y en comer. Es el gastrónomo mas alegre del mundo invisible, pero tambien su vida es la mas efímera. Menos de una hora le basta para nacer, crecer, comer, producir diez generaciones, dar vueltas y morir.

—Desearia saber, dije á mi micrólogo, si estos animales ven como los examinamos nosotros, y que idea pueden formarse de nuestras formas y de nuestra mole.

—Así como nosotros necesitamos un microscopio para distinguirlos, ellos necesitarian un enorme telescopio para ver algo fuera de la gota de agua en donde viven; su universo concluye aqui, y verdaderamente no se figuran ellos que los examina un ojo humano.

—Segun eso, quien sabe, doctor, si hay en alguna parte un gigante invisible que nos observa, mientras que nosotros miramos estos animales.

—Es muy posible: tal vez un sabio á quien no podemos ver por la debilidad de nuestra vista, sostiene nuestro globo, nuestro sol y nuestras estrellas en la palma de su mano. Tal vez nos considere con otro antejo, y diga al vernos en torno de este cubeto: "Veo dos hormigas que estan mirando sin duda algun objeto tan pequeño que no puedo distinguir: estas curiosas hormigas parece que se hablan, que discuten y obran de comun acuerdo. Y no obstante, no me atreveré á afirmar que pueda haber en animales tan diminutos una parte de inteligencia, por pequeña que sea." He aqui el juicio que forma de nosotros. Y tal vez le ocurra un día la idea de soplar en su mano para desembarazarse de nosotros: entonces Dios solo sabe lo que será de nuestra tierra y de nuestro sol.

—Pero, doctor, no cree V. que ninguna observacion puede durar un siglo, y que despues de millares de años ningun incidente ha sucedido á nuestra raza, lo que no hubiera sido así si nos hubiese tenido en su mano alguno de esos gigantes que V. supone.

—Y que son, amigo mio, tres ó cuatro mil años para semejante observador; ciertamente menos que un instante para nosotros; no está V. viendo ahí mismo, que apenas hace cinco minutos que tiene V. en la uña una gota de agua, y ya han nacido y muerto en ella millares de animales! Nosotros hemos llegado desde el principio del mundo á la centesima quincuagesima generacion; y que es esto en comparacion de las que ha visto V. sucederse en su mano? Observe V. cuantos acontecimientos se verifican en tan corto tiempo. El oceano en que nadan se diseña poco á poco; formanse en él islas y continentes; se multiplican los animales, crecen, se desarrollan y forman sus habitaciones que un ligero movimiento del dedo pulgar arruina, como los terremotos destruyen las nuestras. Y si estos animales escribiesen su historia, seria mas acentuada y menos monótona que la de la raza humana; porque ellos tienen sus guerras de nacion á nacion, sus celos, sus odios, sus amores, sus cataclismos. Obsérvelos V. por espacio de cinco minutos mas, y verá V. reducido su mundo á un átomo húmedo, en el que se disputan el espacio dos ó tres individuos; entre ellos se empeñará un combate á muerte hasta que quedando uno dueño del campo de batalla no tenga mas que llorar su raza perdida, y contemplar las ruinas de su mundo, permaneciendo en fin el último sobre su patria [árida y desecada.

Mientras esto decia el doctor yo apenas le prestaba

atencion, tan absorto me hallaba contemplando cinco ó seis *volvox* cuyas maniobras estrañas habian cautivado mi atencion.

Como una multitud de otras especies, estos animales parece que preferian cierta parte de mi dedo, la que recorrian sin cesar dando vueltas sobre su cuerpo, y sin salir jamas de ellas; esta parte tan pequeña que la cabeza de un alfiler podria cubrirla enteramente, era para ellos un vasto pais. Nacian y empleaban su vida en dar vueltas, en comer, en dormir, y llegando á la vejez despues de haber vivido un minuto, terminaban apaciblemente en aquella parte su carrera. En fin aquella pequeña parte de mi dedo era su verdadera patria.

Vamos á ver ahora que en el mundo microscópico hay así como en el nuestro, seres insaciables de novedad, curiosos y atrevidos que no contentos con el suelo en que han nacido, y en el que podian gozar de una feliz existencia, quieren saber lo que pasa mas alla de su patria; abandonan sus techos, y confian sus destinos al pérfido elemento, como decian los poetas antiguos, ó á las desmelenadas olas, segun expresion de los modernos. Los cinco ó seis *volvox* de que acabo de hablar gesticulaban con una agitacion moral muy visible, y parecian acupados en algun grave asunto. En cuanto se hallaban con un compañero, le detenian y parecian tener con él una conversacion muy animada: yo no podia oir lo que le decian, pero es seguro que se trataba de alistarle en su compañía, porque jamas dejaba el nuevo recluta de unirse á ellos. Vi repetir esta estratagema diferentes veces, hasta que la compañía llegó á hacerse considerable. Estos preparativos escitaban hasta lo sumo mi curiosidad, y discurrendo acerca del objeto que en esta asociacion se proponian, los seguia con la vista, con aquella atencion mezclada de sorpresa que deben inspirar naturalmente el advertir señales de inteligencia en unos seres tan pequeños, que mas de mil serian invisibles para otros ojos que los míos, segun me dijo el doctor.

Súbitamente se formaron en buen orden, y despues como á la señal de un jefe, partieron todos juntos, dando vueltas sobre sí mismos con suma rapidez. Entonces creí comprender que emprendian un viaje para descubrir terreno por la punta de mi dedo, á la manera que nosotros mismos, *volvox* de una naturaleza mas grande, nos arrojamamos á un oceano sin límites, pero que un ser invisible que se halla cerca de nosotros, Dios, abarca de una mirada, y puede disipar en un instante, como si fuera un vapor.

Vi pues á estos *volvox* abandonar su patria, y aventurarse á penetrar por pasajes desconocidos, con las precauciones y la prudencia de espertos navegantes; porque todo es relativo en este mundo; nosotros nos espantamos de los peligros que es necesario correr para dar la vuelta al globo, y nos preparamos á este largo viaje con tanta solemnidad como si se tratase de abandonar la vida: los riesgos y peligros de muerte no son menos grandes para el *volvox* que quiere dar la vuelta á una gota de agua.

## EL REMEDIO DEL AMOR.

(Novela.)

## II.



NA la noche, La luna, suspendida en medio del azulado firmamento, circundada de una aureola misteriosa suavemente desvanecida, oscurecía á las estrellas cercanas, que la seguían en cortejo reverente. Cortado el valle con duras y atezadas sombras, hacía resaltar mas vivamente la plateada luz del astro de la noche, que reflejaban las tersas y peladas rocas y las dormidas olas del anchuroso río: no se sentía mas ruido que el sordo susurro de los árboles y el chasquido de las olas, semejante al crujido de un beso maternal. Era una de aquellas noches de verano cuya deliciosa frescura nos detiene irresistiblemente en la contemplación, y nos hace enojoso el lecho regalado.

En el extremo oriental de la quinta de doña Angela, bañado por el Ega, hay un mirador á la flor del agua en el que estaban recostadas nuestras amigas, abismadas al parecer en profundas cavilaciones. La mas jóven levantó la cabeza que tenia reclinada sobre su pecho, y dijo con voz melancólica, despues de haber lanzado un profundo suspiro:

— Señora, no puedo menos de vaticinar muy mal de todo lo que me pasa. ¡No verme sino una sola vez! ¡No venir aquí, donde sabe que pudiera encontrarme!

— Tal vez no sea tarde para acudir á la cita que ha pedido.

— ¡Pedir! ¿A quién? Aseguro á V. que ni una sola palabra me ha dicho... ¡Una cita!... y lo digo con rubor, yo soy quien le ha insinuado que aquí nos solcemos reunir todas las noches!...

— He dicho yo acaso que sea de tí, de quien la haya demandado?

— De quien, pues? preguntó Laura con inquietud. — De mí; contestó doña Angela tranquilamente, poniendo un billete en manos de su amiga.

Laura leyó estas palabras á la luz de la luna. "Tengo que hacer á V. importantes declaraciones, y la espero á las diez de la noche en el jardín. ¡Angela! no olvide V. que de sus labios pende mi vida!"

— Pero, aquí no hay firma ninguna! exclamó con sobresalto.

— Es de Enrique.

— ¡Imposible!

— ¿Dudas de mi veracidad, amiga mia? Yo te lo perdono, porque eres muy digna de compasion. El amante que tan cortos instantes te ha consagrado en este dia, ha pasado conmigo horas enteras, y no han debido parecerle suficientes todavía....

— Y que, señora, ¿quiere V. hacerme sospechar de mi Enrique? ¿Decirme que es V. mi rival? ¿Probarme que me ha robado su cariño? Laura miraba desdeñosamente á su amiga; pero abatida por este penoso esfuerzo se dejó caer en un sillón, cubriéndose el rostro con las manos.

— No es mi amiga la que así me habla!... Es la amante de ese Enrique, de ese Enrique que debes olvidar para siempre.

— ¡Madre mia, madre mia! Lo mismo me decía mi madre, dijo Laura sollozando.

Doña Angela se sentó junto á ella, la cogió una mano con ternura, y la dijo en acento compasivo:

— Escúchame, hija mia, y por Dios te ruego que prepares tu ánimo para todo cuanto pueda sobrevenirte.

Laura, tu eres jóven, pura, llena todavía de estas dulces creencias, que son los primeros encantos de la vida; brillantes y cándidas ilusiones que embriagan tu corazón, hasta que desaparecen despues de mil pruebas que nos desengañan de lo que son los hombres, sus palabras de amor, sus repetidos juramentos. Esta lección es comunmente dura, larga y costosa. Marchita nuestros mas floridos años, la parte mas bella de nuestra existencia; y cuando ya tenemos conocimiento de las cosas, segun son en la realidad, cuando la desgracia nos revela las amargas verdades de la sociedad humana, estamos tan exhaustos, que no tenemos aliento ni resolución para oponer una indiferencia burlana á las peligrosas abstracciones de los afectos, á quienes todo lo hemos sacrificado. Antes de conseguir este caudal de desengaños, que pueden únicamente sosegar á las almas ardientes como la tuya, es necesario sufrir muchísimo, hija mia, derramar abundantes lágrimas, tener continuos choques y caídas en esta florida senda que llamamos seducidos. Pues bien; yo quiero, amiga mia, ahorrarte este cruel noviciado; quiero infundirte mi saber y mi experiencia; eximiéndote con una sola prueba de todas las que amenazan á tu inocencia: quiero, en fin, darte un remedio para curar tu amor.

— Señora, ¿qué quieren decir esas horribles palabras? ¿Por piedad!...

En este momento sonaron las diez en el reloj de la iglesia principal de la comarca: la vibración sonora se oía mucho despues de concluida la última campanada, y fue perdiéndose insensiblemente, como las impresiones del amor se desvanecen con el tiempo.

— Pobre niña! dijo doña Angela, arrastrándola fuera del mirador hasta un banco de céspedes inmediato, escondido entre rosales: D. Enrique debe acudir á la cita: mis criadas le dirán que estoy yo sola, y le conducirán hasta el mirador. Eres muy hermosa, angelical, digna de ser amada por un serafín; pero Enrique es hombre... y no el mejor de los hombres! Su corazón está desgastado; hoy me ha dicho que me ama; porque sin duda se ha cansado de tí, y no ha podido menos de horrorizarme la traición que comete con mi mejor amiga.

— ¡Imposible, imposible! exclamó Laura retorciéndose las manos.

— Te convencerás por tí misma. Supongo que imaginarás el crédito que he dado á sus palabras: me he convencido, sí, de que ha llegado á tomar el amor por un pasatiempo; de que es un hombre de mundo, que sabe representar perfectamente cualquier papel que le convenga; incapaz de una verdadera pasión, por la costumbre de desperdiciar su fuego malamente. ¡Jóven incauta! Sus falaces y dulces palabras, sus seductores requiebros te han llegado al corazón: tu alma sencilla, pura, fue arrebatada milagrosamente en un momento de delirio! ¡Laura, Laura! el corazón de este hombre no puede ser ya jóven; no podrá darte el amor que rebosa tu alma inmaculada. Es menester renunciar esta pasión, querida mia. El amor propio es el mejor correctivo del amor. Quédate aquí: oírás sus declaraciones, sus juramentos: te indignarás, sufrirás cruelmente; pero sanarás para siempre....

— ¡Con que ama á V.! dijo Laura con desesperación.

—Lo mismo que á tí, lo mismo que á las demas, —suplico.

—Pero V. le ama... porque...

—Porque acudo á esta cita. ¿No es verdad? No discarres bien. ¡Cuitada! el dolor estravia tu razon. ¡Amar á un hombre que ayer ví delirante en tus brazos, y hoy postrado á mis pies! Si yo le quisiese formalmente, ¿cercos que habia de serme agradable tenerte presente á mi entrevista? Además ¿no te he dicho que estoy casada? ¿Pienzas tú que, aunque separada diez años de mi marido, no he sabido guardarte fidelidad? Pero, silencio: las hojas de los árboles se mueven. Yo subo al mirador. Cuando lo tengas por conveniente preséntate á donde nosotros estamos: te permito esta pequeña venganza. Animo, querida, hasta despues.

Laura sonrió amargamente con el corazon traspasado.

Y esbelta y ligera subió doña Angela al mirador, creyendo de buena fé que su amiga quedaria curada de su intensa pasion.

Pocos instantes despues llegó su esposo.

—Señora! dijo con los brazos cruzados levantando los ojos al cielo y con acento apasionado:—¿y ha tenido V. la bondad de haber venido!

—Confiese V. que no me esperaba.

—Entonces mas cerca tendria término mi viage, dijo mirando al rio.

—Permitame V. decirle que presume demasiado.

—Siempre ese tono, siempre esa burla que me mata!

—Muy en peligro tiene V. su vida si todas sus queridas de V. pueden abusar de sus terribles facultades tan facilmente.

—Doña Angela, por compasion! por compasion, dígame V. con formalidad. Su amor de V. es tan necesario para mi existencia como el aire que respiro...

En este momento sonaron las hojas de los rosales cercanos. D. Juan, cuya conciencia no estaba tranquila, no pudo menos de estremecerse, y poniendo el oido atento hacia aquel lado, dijo:

—¿Nos espíarán? ¿Qué es esto?

Se levantó para ir á ver; pero la señora le detuvo diciéndole que permaneciese tranquilo y bajó ella misma. Volvió al punto, y le aseguró que estaban absolutamente solos. Habia visto los ojos de Laura brillar en la oscuridad con un fuego sobrenatural.

—Escúcheme V., continuó D. Juan: tal vez le parece á V. extraordinario lo que ha pasado desde ayer tarde; pero todavía es mas extraordinaria mi situacion. Yo, nada nuevo puedo decir á V.; nada, sino repetirla cada vez con mas conviccion de que sin V. no puedo vivir...

—¿Por un cuarto de hora?

—Por siempre!

—¿Por siempre! Ba! ba! Lo mismo ha dicho V. á dos docenas, y por cierto que está V. vivo y sano.

—¿Siempre la misma! dijo una voz sombría, que no dejó de hacer impresion en la frívola mujer.

—Caballero, repuso esta con alguna mas gravedad, he dicho ya que aun careciendo de los antecedentes que tan poco recomiendan á V. para captarse el amor de una jóvena de delicadeza, tengo un esposo á quien debo respetar...

—¿Y ama V. por ventura á su marido? la interrumpió Don Juan vivamente.

—¿Y tiéne V. algun derecho para hacerme esa pregunta?

—Perdon, amada mia, perdon. El dolor me enajena, me precipita. Ameme V. á mí, y no deje V. de amar á...

—V. podrá tal vez tener esa facultad de amar á dos personas á un tiempo; á Laura, por ejemplo, y á mí; pero yo hasta ahora no he aprendido á amar sino á una.

Don Juan interpretó el sentido de estas palabras como un efecto de celos, y un poco mas animado exclamó po-

niéndose de rodillas delante de ella:—No! Yo amo á V. únicamente, la he amado toda mi vida, y la seguiré á V. amando hasta la muerte. No califique V. con el noble título de amor un arrebatato, una pasion que queria introducir en el alma á despecho del corazon, como enfermo que toma una medicina acrra y desabrida. ¡Oh! Déjese V. amar con este fuego que me consume! ¡Déjese V. embriagar con estos deleites que salen á borbotones por todos mis sentidos! ¡Angelita! Angel mio! Olvidemos lo pasado; y vivamos para lo presente y para el provenir. Lo presente es la alegría y el amor... soy yo arrodillado á los pies de mi Angela! inundándola de adoracion, que quisiera arrebatar el fuego celestial para animar á V., fria y desdeñosa señora, como Pigmaleon animó su estatua.

—Y si Laura escuchase á V. por una casualidad?

—¿Por qué me habla V. de Laura, respondió ligeramente desconcertado: todo cuanto V. me diga de esa infeliz me lo dice mi conciencia: la he sacrificado; pero no puedo amarla mientras V. exista.

—¿Pues cómo, perdido, ha podido V. decirselo con tanto fuego? V. debió considerar, añadió con entusiasmo, que tiene esa niña un alma sublime bajo la fragil corteza de mujer!

Don Juan se persuadió cada vez mas de que Doña Angela tenia celos; por lo cual, haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, dijo.

—Esto lo he reputado siempre por una niñería: ni hay tampoco el peligro que V. supone en desengañar á esta jóvena... me lisongeo de que muy en breve ni se acordará de mí como yo no me acuerdo de ella. Por lo demas, juro que la pasion que V. me inspira absorve todas las demas. El mismo caso haré de ella que de esta rosa que me dió esta mañana, añadió D. Juan deshojándola...—Mire V.; mire como las hojas que he arrojado se las lleva el rio con rapidéz.

—Como sus palabras de V...

Entonces se oyó un ruido fuerte al pie del mirador.

—Pero, señora, aquí hay alguno: dijo D. Juan indicando el sitio de donde habia salido el estrépito; las hojas se han movido, y por cierto que no sopla el menor viento.

Doña Angela fue otra vez á observar, y vió á Laura, pálida como la muerte, petrificada, con los ojos inmóviles sin derramar una sola lágrima. Su amiga tembló involuntariamente, y tornó al lado de su esposo, diciéndole con voz alterada que nada habla.

Don Juan se imaginó que la conmocion que indicaba el semblante de Doña Angela nacia del temor y del deseo, é iba á apretarla contra su corazon, cuando ella exclamó.

—Deténgase V.: he dicho que solo mi esposo tiene derecho á mi corazon.

Entonces D. Juan arrebatado de un gozo inefable, vertiendo lágrimas de ternura, se echó precipitadamente en sus brazos, diciéndola entre sollozos.

—Y qué: ¿no me conoces? ¿No me conoces, Angela mia? Es posible que diez años de tormentos que he pasado lejos de tí, me hayan desfigurado de tal manera?

—Pues que ¿Dios mio! ¿Quién eres?

—¿Angela, Angela de mi vida!...

—Dios mio! dime pronto... ¡Oh! no lo digas. ¡Que he-mos hecho!

—¿Si, yo soy tu esposo!! ¿Quieres ahora que renuncie á tu corazon, bella y divina criatura; me diras ahora que me marche cuando he sorprendido el secreto de que me amabas? ¿Cuando me revelas en la conmocion que te turba el mas sublime éxtasis del alma! ¿Serás capaz de comprender que podemos separarnos en este momento de amor y de delicias? ¡Ah! No lo creo!

¿Esposa mia! Aquí me tienes; aquí esta el hombre que

te parecia indómito é insoportable; aquí lo tienes humilde y esclavo tuyo hasta la muerte.

En este mismo instante se oyó un ruido extraño semejante á un ronquido sordo que salía de entre los rosales.

—Don Juan, D. Juan exclamó su esposa horrorizada, ahora te digo que alguno nos escucha.

Y se desprendió de los brazos de su esposo, corriendo á donde estaba Laura, y poco despues se oyó un grito horrible que decía.

—¡Está muerta!

—¿Quién? pregunto D. Juan con terror.

—¡Laura, Laura! Ambos somos culpables de su desgracia. ¡Bárbaro! tú la has engañado, y yo imprudente, la hice ver de un golpe tu perfidia!

—¡Dios mio, Dios mio! ¡no hay perdon para mí!... ¡Oh! soy un monstruo!... Mira... tal vez sea un desmayo....

—¡Aquí está! respondió la desventurada esposa, cayendo de rodillas cerca del cadáver inanimado de Laura.

Los dos enmudecieron de pasmo y de dolor.

Don Juan hizo un movimiento para acercarse al balcon que daba al rio con un semblante despavorido y con unos ojos de réprobo, y su esposa se arrojó á sus pies abrazándole por las rodillas. Al poco tiempo lo llevó medio arrastrando á las habitaciones de la quinta.

Dieron las doce: la noche seguía tranquila y para; los sauces y álamos se mecían blandamente. No se oía mas que el canto del ruiseñor y los últimos suspiros de la campana: el rocío cubría de efímeras perlas el cadáver de Laura: al día siguiente al encontrar los hortelanos creyeron que la tierna virgen se había dormido sobre la yerba, y que debil y enfermiza el fresco de la noche la había traspasado, contribuyendo tambien á extinguir su calor vital los húmedos vapores del rio cercano.

Los esposos viven hoy juntos: la sombra de Laura les acompaña á todas partes.

FRANCISCO NAVARRO VILLOSLADA.

## VIAJES.

### CAMPIEL.



Una legua al N. E. de Calatayud está situado el célebre valle de Campiel, cuyos exquisitos melocotones gozan una bien merecida reputacion entre los gastrónomos.

Despues de haber subido dos ásperas cuestas en ninguna de las cuales se ve apenas señal alguna de vegetacion, se descubre por fin al salir de un bosque formado por la montaña, un sitio de lo mas ameno y pintoresco. Casas de campo que resaltan por su blancura entre el follaje de los árboles, hermosas colinas cubiertas de viñedo, los graciosos melocotoneros con sus hojas de verde claro entre otra multitud de arbolitos frutales, y todo este cuadro sombreado por las opacas masas de las montañas de granito cárdeno, que forman el valle, completan un punto de vista de lo mas delicioso y encantador.

Las montañas que forman el valle se hallan por algunos parages tan próximas, que apenas dejan sitio para la

cuenca del rio *Jalon* que incorporado ya con el *Jiloca*, corre por allí maaso y caudaloso. Su primera direccion es de S. á N.; despues tuerce de O. á E. La longitud total del valle es de algo mas de una legua siguiendo sus sinuosidades: da principio junto á un pueblecito llamado *Huermada*, que se reputa por barrio de la ciudad inmediata, por hallarse dentro de sus términos, y va á desembocar junto á otro pueblecito llamado *Embíd*. A la mitad del valle que es el sitio en donde el rio tuerce su curso, los montes dejan mas ensanche, y aquel sitio es lo que propiamente se llama Campiel: en dicho espacio hay mas de una docena de casas de campo, en las que viven sencillamente varias familias de los arrendatarios de las huertas, que cultivan aquel terreno, el cual corresponde agradecido á sus fatigas. Y en verdad que necesitan de toda su laboriosidad para la conservacion del arbolado, en un parage tan peñascoso, y cubierto apenas en muchas partes por una ligera capa de tierra, lo que contribuye á que los vegetales gozen en general muy corta vida.

Ademas de los melocotones se cultivan allí otra gran calidad de frutas tan variadas como sabrosas, á lo cual contribuye tanto la fertilidad del terreno, como la inteligencia de los *Campieleros*, tanto en los injertos como en los demas ramos de horticultura, por lo cual estan justamente reputados de ser unos de los mas diestros, y laboriosos hortelanos de Aragon.

Es de creer que la fertilidad de Campiel era ya célebre en tiempo de los romanos, pues Marcial en su epigrama á Liciano en que le describe todo lo mas notable de aquel territorio, le llama bosque favorecido de Pomona.

"*El delicatum Botroti noemus*"

"*Pomona quod fœlix amat.*"

A la entrada del valle, y en el sitio donde principia á estrechar el rio junto al pueblo de *Huermada*, se hallan las ruinas de la antigua *Bibbilis*, patria de aquel célebre poeta, sobre un cerro llamado *Bambola*, motivo por el cual decía

*Videbis altam, Liciniane, Bibbilm.*

Allí se ven todavia no solo murallones y grandes trozos de argamasa, sino tambien muchos edificios medianamente conservados, y unas como celdillas, todas juntas y simétricas. En lo alto del cerro hay uno bastante sólido y capaz, transformado en ermita de Santa Bárbara.

Algunos anticuarios han querido descubrir vestigios de anfiteatro: quizá sea cierto, pero es muy posible que diese margen á esta opinion, el oír que la ciudad estaba en forma de anfiteatro, lo cual es muy diferente.

En las escavaciones que se han hecho allí, se han encontrado muchas medallas, con el emblema de un ginete montado sobre un caballo, y con lanza en ristre: al rededor las letras AVG. BILBIL., y otras varias, citadas por Florez y otros numismáticos; tambien se han encontrado cabezas y torsos de estatuas é idolos, y varias hojas de espadas, que se ven en algunos gabinetes y escritores de arqueología. Estas hojas gozaban de mucho aprecio en la antigüedad, por el buen temple que les suministraban las aguas del *Jalon*, por lo cual los romanos tenían en *Bibbilis* una de sus mas célebres armerias.

No sabemos si en el dia conservará todavia el *Jalon* estas virtudes *ensifativas*: pero al menos, en obsequio de la gente pacífica resta el consuelo, que si bien es muy problemático el que temple el acero, al menos es muy positivo que le ha quedado un *temple* especial para los melocotoneros.

## A ELISA.

¿Quieres con tu dulce canto  
el encanto  
eternizar de mi amor?  
¿Quieres halagarme, Elisa,  
cual la brisa  
halaga á la tierna flor?

Canta, que el amor te inspira;  
y si es delirio cantar,  
en esos cantos delira,  
que hacen arder mas la pira  
en que me siento abrasar.

Demanda al cielo en tus arias  
y plegarias  
una ventura sin fin,  
en tanto que dan al alma  
suave calma  
tus ecos de serafín.

Que en mi corazón resuena  
tu esperanza y tu alegría,  
y de un recuerdo la pena  
convierte en dicha serena  
de tu voz la melodía.

Canta y remeda del ave  
en el clave  
el vuelo hasta el rojo sol,  
y sus plumas delicadas  
salpicadas  
de púrpura y de arrebol.

Y aquellos lánguidos giros  
con que entre nubes se mece,  
a sombra que la oscurece,  
y sus amantes suspiros  
cuando sin voz desfallece.

Del huracán los furiosos  
bramadores  
revela en acordes mil,  
y las olas agitadas  
y encrespadas,  
cual tus dedos de marfil.

Y la luz de la mañana,  
entre tus dedos brillando  
refulgente y soberana,  
disipe su furia insana  
la atmósfera despejando.

Y luego, Elisa, retrata  
de una ingrata  
el inflexible desden,  
y el mundanal torbellino,  
que sin tino  
la confunde en su vaiven.

Y canta al amante tierno,  
á quien rindieron sus ojos,

presa del dolor eterno,  
y maldiciendo el infierno  
que sufre por sus enojos.

Canta, Elisa, que á tu acento  
el tormento  
es delicioso placer;  
y cantando me enagajas,  
porque llenas  
la misión de la mujer.

Que á consolarme naciste,  
creación hermosa y pura;  
y es celestial tu hermosura  
cuando consuelas á un triste  
en su negra desventura.

Si tu voz hiere mi oído,  
embebido  
tréguas alcanza el pesar,  
y al pié del clave sonoro  
dulce lloro  
ves de mis ojos brotar.

Y mis lágrimas predicen  
que sueño ya una esperanza,  
y mis ojos te bendicen,  
y con su llanto te dicen  
lo que mi labio no alcanza.

¡Ah! No te turbes, Elisa,  
no tu risa  
ocultes fiera de mí,  
no la calma venturosa,  
desdeñosa,  
quieras arrancarme así.

Elisa, ten compasión;  
yo apartaré mis miradas  
del sonoro diapason....  
las tendré en tu faz clavadas....  
No? --Bien; en tu corazón.

J. M. DE ANDUEZA.

